

*todo lo atraeré hacia mi* (1). ¿Estaba su palabra tan helada por los siglos, que no pudiera cumplirse á la faz de París? La cruz fué colocada; los cimientos de un hospicio y de una iglesia se mostraron de lejos: cesó la soledad. Viéronse cada año peregrinos sin número, extranjeros y ciudadanos, agolparse en las puertas de París, pasar el río sobre puentes y barcas, y trepar gozosos las pendientes escarpadas y peligrosas de la montaña, atraídos por aquella cruz que hace diez y ocho siglos tiene al mundo suspendido en sus brazos. Santa montaña, ¿cómo te hubiera yo olvidado en mi narracion? ¿No te he visitado cuando mi juventud estaba floreciente y la verdad empezaba á serme revelada? ¿No me he sentado sobre tus piedras para hablar de Dios á la brillante sombra del sol en su ocaso? Y mas tarde, despues de haberte visto en tus festivos dias, te he vuelto á ver en tu desolacion; como un amigo fiel que sobrevive á la fortuna, he seguido yo tus senderos abandonados; he comido en la vieja casa que ha permanecido hospitalaria en la desgracia; he mirado manos piadosas sacar de tu cementerio huesos preciosos que no se atrevian ya á dejarte. Todo habia variado, excepto el corazon de aquellos á quienes habias hecho bien, y en quienes revives por la inmortalidad de su recuerdo.

Hémos aquí, Señores, en el año de 1824. Mr. de Janson estaba en la fuerza de su gloria y de su madurez. Habia fundado una sociedad religiosa que llenaba la Francia con el esplendor de sus obras, y levantado á la vista de París un monumento que atestiguaba la energia siempre subsistente del cristianismo. Su voz, de una elocuencia viva y natural, habia sido escuchada en las principales ciudades del reino; Burdeos, Tours, Poitiers, Fontainebleau,

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 12, vers. 52.

Aviñon, Marsella, Tolon, Nantes honraban su predicacion con un recuerdo reconocido. Allí habia dejado no solamente la memoria de su talento, sino la memoria mas preciosa del zelo y de la caridad. Habianle visto pasar sus dias y una parte de sus noches oyendo confesiones; mas de una vez se le habia hallado en su aposento, tendido en el suelo, vencido por el sueño á que no habia querido abandonarse. Sabiase que su corazon y su bolsillo estaban abiertos á los pobres, y que les daba hasta sus vestidos mas necesarios. Hay un billete de su madre concebido en estos términos: « Os envio, Mr., dos docenas de camisas para mi hijo; pero os ruego que no se las entregueis todas de una vez, porque no guardaria mas que dos, y daria en seguida las demás á los pobres. » Una carrera tan bella, \*llegada como de un solo golpe á su mediodía, parecia presagiar una tarde apacible, una vejez rodeada de unánimes homenajes. No ha sido así: el término de los felices sucesos habia llegado para Mr. de Janson; iba á descender con amargura la segunda pendiente de la vida.

El rey le ofreció en 1824 el obispado de Nancy y de Toul. Hasta entonces los honores del mando no le habian tentado; cuando fueron fundadas las misiones de Francia, habia rehusado su gobierno, y habia atraído los sufragios sobre el señor abate Rauzan, a quien consideraba superior á él por su edad, su talento y su experiencia; habia igualmente desechado las ofertas del cardenal de Perigord, gran limosnero de Francia, quien, en la época del Concordato entre la Santa Sede y el rey Luis XVIII, le habia propuesto la silla episcopal que quisiera elegir entre las que se acababan de crear. Mr. de Janson, en estos dos encuentros, no habia cedido á las instancias de los que le amaban y le veneraban; en 1824 juzgó conveniente obedecerles.



Era esto un sacrificio, Señores; pero un sacrificio que una amistad tierna y severa hubiera podido llamar una falta. Porque la Providencia y la naturaleza son á un tiempo pródigas y avaras de sus dones; cuando ellas han concedido á un hombre cualidades extraordinarias, casi siempre le niegan ciertas ventajas medianas, cuya ausencia debe recordarle los límites de la humanidad. Mr. de Janson habia recibido de Dios, en el orden natural, los dones magníficos del nacimiento, de la fortuna y del espíritu; habia recibido, en el orden sobrenatural, los dones todavía mas preciosos del apostolado y de la caridad: era esta una dotacion demasiado rica, para que no tuviese en alguna parte de su persona un útil contrapeso. Mientras Mr. de Janson no habia mandado, mientras habia podido decir: *No soy mas que un soldado, y no tengo mas que zelo*, la parte menos luminosa de su naturaleza habia permanecido como sepultada en la auréola de sus raros méritos. Pero el mando exige, además de alguna cosa muy superior en la inteligencia y en el corazon, ciertas costumbres domésticas que no tienen brillo, y que sin embargo, cayendo gota á gota en el comercio de la vida, dulcifican las relaciones, disminuyen las dificultades, derraman sobre los negocios una dichosa uncion. Nombraré la exactitud para hacerme comprender. ¿Qué es la exactitud? ¿No es una virtud del último grado? ¿No conocemos todos á hombres sin capacidad que son perfectamente exactos? Y no obstante, la exactitud es de tal modo necesaria en los que mandan, que se ha dicho de ella, con tanta precision como gracia, *que es la politica de los reyes*.

Mr. de Janson, Señores, no habia tenido jamás ocasion de adquirir todos aquellos ornamentos de pormenor que acaban la estructura moral de un hombre, y añaden á las grandes líneas de su fisonomía la

expresion de un trabajo concluido. Jamás habia gobernado ni sufrido; habia sido libre y feliz desde que estaba en el mundo; llegaba á los cuarenta años cuando se vió en frente de una diócesis, con la estricta obligacion de vivir y morir en ella; él, que hasta entonces habia tenido el mundo entero por horizonte, y aun así se hallaba como estrechado. ¿No tengo derecho para creer que era esto poner su sacrificio á una prueba demasiado dura? Yo observo tambien que iba á tener que tratar directamente con la sociedad moderna, y dudo si su nacimiento y su educacion le habian iniciado suficientemente en el espíritu de esta sociedad. Pero quizá me preguntaréis: ¿Cuál es el espíritu de la sociedad moderna? Si bien es difícil hablar de su siglo, y estando con respecto á él en la misma posicion que un súbdito en frente de su soberano, es decir, entre el temor de la insolencia y el de la lisonja, os hablaré sin embargo á fin de no huir ninguno de los peligros de mi situacion, y para que, careciendo de cualquier otro mérito, tenga al menos el de la franqueza.

La sociedad moderna está fundada sobre dos ideas capitales, que pueden acaso oscurecerse á la vista del espectador y aun desaparecer si se las mira en ciertos momentos y en ciertas ocasiones, pero que suben siempre á la superficie, como aquellas plantas arraigadas en el fondo de un rio, nutridas con sus aguas y su limo, y que lastimadas por la fuerza de la corriente bajan un momento la cabeza, pero acaban siempre por sacar sobre las olas su tallo y su corona. La primera de estas ideas es que no existe entre los hombres otra distincion seria que la distincion del mérito personal, y que ni el nacimiento, ni la fortuna, ni los empleos públicos hacen nada para elevar á un hombre, si él mismo no se eleva por su capacidad, sus servicios y su virtud. La segunda es que



existen por encima de todos, aun por encima de la soberanía, y en favor de todos, derechos que no pueden ser ni retirados, ni menospreciados, ni prescritos, y que son protegidos no solamente por la fuerza ideal de la naturaleza y de la religion, sino tambien por la fuerza social de las leyes, de las costumbres y de la opinion pública. Los límites de estas dos ideas varían en los entendimientos: los unos extienden su círculo, los otros le estrechan; pero todos, exceptuando un corto número de hombres, las veneran como el arca sagrada del siglo presente. Esto no es decir que los adversarios de tales principios no digan nada en la materia digno de consideracion; ellos dicen, al contrario, cosas notables; entre otras esta: Que reducir al hombre á su mérito personal, aislarle en el órden de la gloria, mientras no está aislado ni por la sangre que se transmite, ni por la fortuna que tambien se transmite, ni por la memoria, que le une invenciblemente con lo que le ha precedido, es violar el instinto mas fuerte de la naturaleza, atacar el espíritu de familia y de tradicion, y no hacer de la humanidad mas que un torbellino de polvo sin vinculos y sin nombre. Dicen que la solidaridad en el mérito, lejos de perjudicar al desarrollo del mérito personal, es su mas fuerte aguijon, y que del mismo modo que un padre es excitado por el pensamiento de sus hijos á aumentar su patrimonio, lo es igualmente á acrecentar la dignidad de su nombre, como tambien los hijos, por el recuerdo de su padre, son inducidos á no degenerar de su rango en la opinion de los hombres. Dicen asimismo que elevar el derecho de los pueblos sobre la soberanía que rige el conjunto del cuerpo social, es elevar la libertad mas que la autoridad, y ponerlas en un conflicto perpetuo, en que no habiendo ningun árbitro del debate, cada uno será dueño de cubrir la tiranía con el nombre del órden

y la rebeldía con el nombre de la justicia; que por lo demás, basta considerar el mundo moderno para conocer la vanidad de las ideas sobre que está fundado, pues que no puede verse nada mas miserable y mas vacilante á la vez: la posesion del oro convertida en el único título para el ejercicio de los derechos civicos, la ambicion vendiendo y comprando las conciencias á cielo descubierto, el comercio deshonorado por una bancarota, que ni aun el pudor tiene por freno y la vergüenza por castigo, la obediencia sin amor, el poder sin paternidad, costumbres que tienen la hipocresía de la igualdad y de la libertad mas bien que el culto, y bajo este triste espectáculo, el ruido de una tierra que se remueve, que gime y que espera.

No tengo qué responder, Señores; solamente he querido indicaros cómo algunos nobles talentos pueden quedar fuera de la sociedad moderna, y protestar contra sus principios, sus vias y su porvenir. El tiempo decidirá entre ellos y nosotros, y quizá está escrito, en region mas elevada, que la victoria no será ni para nosotros ni para ellos, sino para Dios solo. Quizá estará establecido por la inevitable revelacion de las cosas, que la vieja sociedad ha perecido porque habia echado á Dios fuera de sí, y que la nueva está sufriendo porque Dios no ha entrado suficientemente en ella.

Ahora, Señores, solo tengo que decir una palabra: la revolucion de 1830 separó á Mr. de Janson de su grey, y destruyó todos sus trabajos anteriores; millones de hombres se levantaron y aniquilaron los pensamientos y las obras de un hombre.

Mr. de Janson tenia cuarenta y cinco años. Esta es la edad de la plenitud, la edad en que todo lo que se ha sembrado en la vida levanta al rededor del hombre sus ramas cargadas de sombra y de frutos, y esta misma edad era la en que Mr. de Janson acababa de



perder su pasado, y veía su vida tendida ante él como un árbol arrancado de raíz. Difícil es á los que no lo han experimentado conocer á fondo el dolor de esta situacion, y el valor que se necesita para no sucumbir á ella. Mr. de Janson no sucumbió. No vió su desgracia sin emocion y sin sentimiento; pero halló en su corazon recursos para soportarla ante Dios, para honrarla ante los hombres, y para hacerla servir al bien de sus hermanos. Su fortuna fué mas que nunca el patrimonio de los pobres; tomaba parte en todas las obras piadosas de la capital, y socorria una porcion de miserias sin nombre que se ocultan alli hasta á la caridad; abria su mano con el gozo de un obispo y la liberalidad de un principe. Daba hasta sus vestidos pontificales. Un dia que pedia algun ornamento que necesitaba para decir misa, se le vino á decir que no se encontraba ninguno; se habia despojado pocos dias antes en favor de un pobre obispo de la Oceania.

Nueve años se pasaron en estas caritativas ocupaciones, cuyo secreto solo Dios posee, y que desde la vispera al dia siguiente no dejaban ningun rastro en el corazon mismo de quien eran alimento. Pero el número de dias medidos por la Providencia á Mr. de Janson se aproximaba á su término, y como aquellas lámparas que antes de apagarse arrojan su último brillo, sintió renacer en sí las lejanas visiones de su primera juventud. En 1839 partió para la América, solo, sin servidores, acompañado de algunos misioneros que estableció de una manera fija en la Luisiana; y en cuanto á él, escogiendo el Canadá, que es una tierra francesa, para el teatro principal de sus incursiones apostólicas, desplegó durante diez y ocho meses una infatigable actividad. Nosotros no tenemos la idea de los triunfos de la palabra en aquellas comarcas transatlánticas, y del espectáculo que presentan las poblaciones, cuando concurren á sus-

penderse en los labios de un misionero. Mr. de Janson predicaba muchas veces al aire libre á auditorios de diez y de veinte mil hombres; la cumbre de las montañas, la orilla de los rios y de los lagos le servian de basilicas en lugar de las iglesias, que eran ya demasiado estrechas; así hizo una tras otra mas de sesenta misiones en los campos, sin hablar de sus trabajos en la Nueva Orleans, en Mont Real, en Quebec, en Nueva Yorck, y de sus excursiones entre las tribus salvajes, que recibieron con una sencilla admiracion. Los obispos de los Estados Unidos le llamaron al concilio de su Iglesia; firmó las actas, así como la carta dirigida por ellos á los arzobispos de Colonia y de Posen, para felicitarles de haber opuesto un firme valor á las persecuciones del poder civil. Vuelto á Europa hácia fines de 1841, Mr. de Janson fué á solicitar de la reina de Inglaterra el perdon de seiscientos Canadienses desterrados de su país por consecuencia de disensiones políticas; poco tiempo despues fueron llamados los desterrados.

Esto no era mas que el preludio de los designios de Mr. de Janson. Una vez entrado en la vida apostólica, reconoció su elemento natural, y su juventud se renovó allí toda entera. Cuando se echa una mirada sobre las conquistas del cristianismo en el mundo, se le ve dueño de la Europa y de las Américas, poseedor de una gran parte de las costas africanas, extendiéndose, por el septentrion, del Asia hasta las murallas de la China, tocando á la Persia, dominando en la India, protector ó soberano de las islas de todos los mares, y no teniendo ya ante él como punto de asiento, despues de la caida del poder otomano, mas que un solo grande imperio, que es el imperio chino. Separado de nosotros por vastas tierras sin civilizacion y por muchos océanos, este imperio ha despreciado hasta ahora nuestro proselitismo, y ahogado con las mas



atroces persecuciones la semilla del Evangelio, que la Providencia no cesa de verter en él por generaciones de misioneros mártires. Allí fué donde Mr. de Janson señaló su tumba, esperando que Dios le haría la gracia de mezclar su sangre con toda la sangre cristiana que, hace tres siglos, sube de aquel país hácia el cielo para atraer sobre él la misericordia y la verdad. Pero quiso hacer un esfuerzo supremo, y no llegar á la China sino con algunos planes y recursos que él solo era capaz de concebir y realizar. Reasumió sus planes y buscó sus recursos en una obra que tituló *La Obra de la Santa Infancia*, la cual tenia por objeto la compra, bautismo y educacion de los niños chinos abandonados por sus padres. Porque es una costumbre de aquel imperio, atestiguada por todos los viajeros, poner en la Inclusa los hijos cuyo nacimiento sobrecarga la pobreza de las familias; y si nos costara trabajo creer en un olvido tan grande de los sentimientos naturales, nos bastaria echar una ojeada sobre las repúblicas mas célebres de la antigüedad, para encontrar en mas ó menos grado esta práctica desnaturalizada. Habiendo Mr. de Janson madurado su proyecto, dió parte de él al público por escritos y predicaciones destinadas á obtener el concurso de toda la cristiandad. Su pensamiento era visitar sucesivamente la mayor parte de los reinos de Europa, predicando esta nueva cruzada, y una vez asegurada la obra en el fundamento de una inmensa asociacion, embarcarse él mismo para la China. Ya habia recorrido la Bélgica y una parte de la Francia; el rey y la reina de los Belgas habian dado á sus hijos el protectorado de la obra en sus Estados; una multitud de niños de todas condiciones se habian inscrito en las listas; gran número de obispos habian prometido su cooperacion. Entrado de nuevo en Paris para pasar el invierno y descansar de sus viajes, Mr. de Janson

continuaba, con su correspondencia y en reuniones públicas, la ejecucion de su vasto proyecto. Entonces le vimos atacado del mal que debia arrebatárle á la Iglesia; encorvado bajo la fatiga, oprimido, casi sin voz, nos sorprendió por la serenidad de su rostro y el ardor de su conversacion. En catorce años que hacia que nos acercábamos á su persona, siempre le habiamos encontrado espiritual, amable, benévolo, dejando en el corazon una impresion que arrastraba hácia él; pero por la primera vez nos entristeció, y nos pareció venerable. La desproporcion de sus fuerzas con su pensamiento era tan manifiesta, su aire de seguridad contrastaba tan fuertemente con los estragos de la enfermedad, que creimos ver un niño ó un santo burlarse de los negocios y de la muerte.

No era que dejase de conocer su situacion; la sabia hacia mucho tiempo, y desde el fin de su morada en América, aunque la exaltacion de su zelo quisiese ocultarle las ruinas prematuras de un cuerpo que habia trabajado por Dios, y al que acababa de dar el último golpe, escribia estas líneas patéticas: « Algunas veces pienso que no resistiré á esta enfermedad de extenuacion, y que solamente os enviaré á Nancy algunos restos míos; este pobre corazon, por ejemplo, que no ha sido bien conocido mas que de vosotros y de algunos amigos y niños en nuestra ciudad episcopal. Presumo sin embargo que nuestra catedral le concederá un último asilo de reposo y de paz. ¿ Que se cumpla la santísima voluntad de Dios (1)! »

¿ Porqué habria de omitir cómo ví por la última vez á Mr. de Janson? Yo iba á salir de Paris; algunos jóvenes me rodeaban en mi aposento con las cordiales demostraciones de su piadosa amistad; oyóse el ruido

(1) Carta del 16 de agosto de 1841 á Monseñor Menjaud.



de un carruaje; un momento despues se abrió la puerta; y vimos al anciano obispo de Nancy, con el corazon y las manos enteramente jóvenes, avanzar hácia nosotros, sacando de su pecho oprimido algunos sonidos imperfectos, pero tan sinceros y tan buenos, que nos llegaron al fondo del alma.

Cinco meses despues, el 11 de julio 1844, á las puertas de Marsella, Mr. de Janson entregaba á Dios su alma inmortal.

Así, Monseñor, desaparecen sucesivamente, por un llamamiento de Dios muy rápido, los hombres de fe que han sido los primeros en reedificar sobre el suelo renovado de la Francia nuestra antigua Iglesia. Ninguno, entre estos padres de nuestra edad, ha llevado sobre las ruinas del santuario una mano mas illustre que vuestro inmediato predecesor, una mano mas desinteresada, mas activa y mas lastimada. Volcado por una tempestad que ha derribado reyes, ha dejado por un lado de su vida obras destruidas, y por otro obras sin concluir, pero tambien, y mucho mas, ha dejado el recuerdo de un alma apostólica que el rango y la fortuna no separaron de su vocacion, que el trabajo no cansó jamás, y que experimentó la desgracia sin abatirse ni irritarse. Vos viviréis largo tiempo, Monseñor, en esa silla que teneis de su eleccion, y en que vuestra presencia nos recordará su espíritu de discernimiento; vos viviréis para amar y bendecir la religion, que es el primer bien de los hombres, su fuerza y su gloria, y que sin embargo recibe tambien de ellos, por las mismas virtudes que les da, el poder y la honra. Y vosotros, hermanos míos en el sacerdocio de Jesucristo, que habeis perdido dos veces, por la ausencia y por la muerte, un obispo que os era tan querido, nosotros todos, al ver caer con tanta rapidez los apoyos que Dios habia dado á su Iglesia, conoceremos mas

nuestros deberes y la brevedad del tiempo que nos ha dispensado para cumplirlos; reflexionaremos seriamente sobre nosotros mismos, y nos apresuraremos á cultivar estos cortos años que han sido confiados á nuestra fidelidad. Mas ricos que nuestros predecesores, poseemos el fruto de su trabajo, el ejemplo de sus virtudes, y un siglo que se ha madurado bajo la misericordiosa luz de los acontecimientos mas grandes. ¿Haremos sin embargo mas y mejor que nuestros padres? ¿Herederos de Zorobabel, que reparó las ruinas del templo, ¿reedificaremos nosotros, como Nehemías, los muros y las torres de la ciudad santa? Dios solo, que lee en lo mas remoto de los siglos, Dios lo sabe. Pero si esta gloria nos está negada, si la trulla y la espada caen de nuestras manos antes de haber acabado el recinto de Jerusalem, ¿podamos al menos dejar á los hijos de la esclavitud una memoria que los fortifique, un perfume que se levante de nuestra tumba, y que lleve á su corazon, con buenas noticias de lo pasado, un feliz presagio del porvenir!